

El Magisterio de Juan Pablo II en América Latina

Mons. Alfonso López Trujillo
Arzobispo de Medellín y Presidente del CELAM

La enseñanza del Papa tiene un valor universal aunque sea provocado y hasta condicionado por el marco concreto en el que se ofrece. Trasciende el magisterio del sucesor de Pedro los límites del espacio y del tiempo a pesar de que concretas circunstancias de lugar y sucesos especiales ayuden al trazo de ciertos perfiles. De esta manera, cuando habla el Papa en un medio más severamente golpeado por la incidencia de una civilización técnica, como en Estados Unidos, su palabra es respuesta a los problemas que particularmente la agobian. Su contenido, en cambio, tiene una reciedumbre que no se agrieta con el transcurso del tiempo. Su apelo a los valores del espíritu, para que salten en añico los ídolos, su ratificación de las normas de ética sexual (para proponer un ejemplo), su rechazo al acceso de la mujer al sacerdocio, no quedan sujetos a la circunstancia fugaz sino que "occasione data" tienen una vigencia permanente y alcanza, en la vital relación de nuestra Iglesia, a otras comunidades. Lo mismo se diga cuando el Santo Padre da su Mensaje en el Africa para iluminar quizás situaciones y resabios en torno de la unidad e indisolubilidad del matrimonio. No llega exclusivamente el Mensaje, en el corazón de las selvas, a unas tribus tentadas de añoranzas poligámicas, sino que se vierte al resto del mundo.

¿Por qué me he detenido en una advertencia hasta cierto punto elemental? La razón es sencilla: Restringir el magisterio de Juan Pablo II, producido en América Latina, sólo al nuevo mundo, sería empobrecer un Mensaje que es y quiere ser universal en cuanto a lo medular de su contenido. Sería algo así como si a Pablo, peregrino de la fe, de estatura tan descomunal, se le hubieren encajonado y no solamente situado, sus Epístolas en Corinto, o en Galacia o en Roma. Considero que el Papa habla *desde* América Latina para el mundo y que su lenguaje, ya en concreto, puede tener inmensa resonancia en Europa, en España, particularmente.

Algunos teólogos han pretendido introducir, a raíz de sus históricas visitas, lo que me atrevería a denominar el factor de trivialización. Se hace la contraposición, con retoques artificiales, entre lo que el Papa enseña en sus discursos y homilías, en su opinión de valor secundario, y lo que expresa con sus gestos, esto sí de ingente valor. Curiosa ruptura, con altas dosis de astucia. Se borra la exigencia y solidez de su Mensaje, en servicio del cual pone todo su ser y capacidad expresiva, en nombre de lo que se dió en llamar su carisma. De este modo, contaría más un cálido apretón

de manos, un abrazo efusivo, en torno del cual se hace todo un montaje, que la coherencia de sus observaciones y recomendaciones, integradas en un cuadro completo. Son serias las consecuencias de la trivialización porque se ubican directamente en inversa perspectiva a la que quiere quien es protagonista, activo sujeto de una misión profética, maestro de la fe, empeñado en confirmar a sus hermanos. No es mera coincidencia que los propulsores de tan vanales recursos sean precisamente quienes menos a gusto se sienten con los criterios del sucesor de Pedro.

En buena parte el propósito de estas líneas radica en desplegar, como en un lienzo, lo *que* el Papa transmitió y quiso transmitir, en lo fundamental. El colorido, la alternación de matices, el trabajo de detalle está en función de lo central. Esto se entiende mejor si se posee alguna información de cómo, con personal cuidado y esmero, el Obispo de Roma prepara sus visitas pastorales. Sería ingenuo imaginar que va dejando las cosas al vaivén del impacto que le produzcan los medios y situaciones. Que a la fatiga de jornadas llenas se le sumaran vigiliias agotadoras, durante sus viajes, para elaborar el material. El Papa ni improvisa, ni debe improvisar. Una frase, una palabra, daría pábulo para una avalancha de interpretaciones. Por sus labios habla la Iglesia, con su identidad y coherencia. En sus visitas a América Latina, como a otros continentes y países, se revela la voluntad de proporcionar un conjunto armónico de temas, un cuadro completo, que quede como un regalo íntegro, en el cual circula un pensamiento eclesial unitario. Esto me parece básico para captar su pensamiento. Es como una catedral que se levanta sobre un plano. Bien se sabe dónde se pondrán las columnas y cuál será su función en el conjunto.

Me interesa detectar en el Magisterio de Juan Pablo II lo que son las columnas, las grandes bases. Esto permitirá una más adecuada inteligencia del resto. El Papa no toma instantáneas. No es un cronista. Hubo un obispo, primero de Trujillo, en Perú y luego Arzobispo de Bogotá, Martínez y Compañol, que llevó a cabo sus visitas pastorales, acompañado de un grupo de indígenas pintores. De los distintos lugares recogían lo más característico, como en preciosa fotografía. No es esta la forma de trabajo del Papa que, "venido de lejos" ocupa la Cátedra de Pedro.

Una última observación, antes de entrar en materia. Escribo estas observaciones después del atentado contra la vida del Papa. Su enseñanza queda rubricada con la sangre que cayó un miércoles en la tarde en la Plaza de San Pedro, mientras se confundía con cálido abrazo, con una muchedumbre de fieles. Su magisterio tiene un anclaje vital: el de la "Polonia, semper fidelis" en donde confluyen variadas corrientes históricas y culturales y el de su propia vida: la de un Pastor en quien se sintetizan y articulan sus años de profesor de filosofía, la solidez de sus estudios de espiritualidad y su sensibilidad poética. Este rico mundo es instrumento con el cual vierte sobre nuestro "continente de esperanza" la palabra de la Iglesia.

Los Discursos Centrales

De los dos viajes realizados por Juan Pablo II a América Latina, a Méjico y a Brasil, el primero con ocasión de la III Conferencia del

Episcopado Latinoamericano, el segundo en la oportunidad del Congreso Eucarístico de Fortaleza y por los 25 años del CELAM, hay sin duda alguna unos Discursos Centrales. Emergen como tales por signos fáciles de reconocer. Siendo muchas de sus intervenciones de indiscutible importancia, tres sobresalen y constituyen el espíritu y el telón de fondo: El Discurso Inaugural de la Conferencia de Puebla, el Discurso al CELAM, en Río de Janeiro, conmemorativo de los 25 años del Consejo Episcopal Latinoamericano, y el Discurso a los obispos del Brasil, hacia el final de su visita. Tienen los tres como destinatarios a los obispos, en cuanto principio de unidad de sus comunidades, y por su medio a las Iglesias por ellos servidas. Los dos primeros a todo el Episcopado. El último a los Pastores de la Iglesia más numerosa. Son también las intervenciones más largas, aunque la importancia de un mensaje no se mide por cuartas. Son de alcance más global: recogen cuestiones varias de suma actualidad. En cambio, otros Discursos y Homilias en A. L. asumen más bien un tema, o desarrollan una Catequesis, sobre la familia, el sacerdocio, la vida consagrada, la misión del laicado, el mundo obrero, el mundo indígena, etc. No son estos u otros temas los que encuadran y orientan el conjunto, sino sus grandes Mensajes los que sustentan y aportan la savia vital a cuestiones más particulares. Es una pauta elemental de interpretación y de armonía. Para poner un ejemplo, no son las Comunidades Eclesiales de Base las que dan la esencia de la eclesiología, sobre las cuales hace las más oportunas observaciones y advertencias el Papa en Brasil, sino las grandes líneas de una eclesiología, renovada en el Concilio Vaticano II las que sirven de cimiento a una dinámica pastoral de comunión que circula por unas genuinas Comunidades Eclesiales de Base.

Niveles y Estructuras

Los tres Documentos están ensamblados. En ellos se manifiestan similares preocupaciones, que dejan amplio campo a toques o insinuaciones más peculiares y aún de circunstancia.

Hay, a su turno, dos niveles bien definidos: el doctrinal y el pastoral, estrecha, inseparablemente ligados. Porque en la solidez de lo doctrinal reside lo válido y bien enfocado de una acción pastoral, con pautas y direcciones precisas. Igualmente, la vitalidad y tonalidad pastorales estimulan, ubican y orientan los pasos de la inteligencia y profundización de la Fe. Son niveles en compacta simbiosis.

Hay como un esquema, una estructura básica que sirve para la cohesión de los tres Discursos y que se revela en el Discurso Inaugural de Puebla. Se sitúa en la convergencia de una doble fidelidad: A Dios y al hombre. A su vez, esta estructura, coincide con los grandes enfoques y perspectivas de su propio Pontificado.

Si seguimos cronológicamente sus mensajes vertebrales, en los primeros meses de su pastoreo universal, hallamos una visión *eclesiológica*, en el Discurso programático, ante los Cardenales, en la mañana siguiente a su elección. Se propone mantener en toda su fuerza e intensificar lo indicado por el Concilio Vaticano II, en toda su renovación de

contextura eclesial. La Iglesia, en su misterio de comunión, Sacramento para la Salvación del mundo, es el soporte del Concilio. Ahí están dos grandes Constituciones: La dogmática "*Lumen Gentium*" y la pastoral "*Gaudium et Spes*". Luego, cronológicamente, se encuentra su Homilía en el inicio de su Pontificado: Su eje es la *Cristología* y en ella la gran confesión de Pedro y de la Iglesia: "Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo"! A El es necesario abrirle las puertas del corazón, cada hombre, cada sociedad. Todos los pueblos. Es una *Cristología* que aflora en el misterio del hombre, (solo descifrable a la luz del misterio del Señor); del hombre, "único e irrepetible", imagen de Dios; en la que radica por la Encarnación, su eminente dignidad. Es el contenido de su Mensaje de Navidad. Allí tenemos este tríptico doctrinal, este triple fundamento de su Mensaje, que será el "trípode" de Puebla. Sus Encíclicas se apoyan en la convergencia de estas verdades: la *Redemptor Homínis* es una síntesis que teje y unifica la *Cristología* en la antropología. Un misterio de redención que hunde sus raíces en la misericordia de Dios *Dives in Misericordia*

Ese triple fundamento animará la visión pastoral, como lógica consecuencia, en lo que mira a la Doctrina Social de la Iglesia, a la vigencia de los Derechos humanos, al amor y servicio privilegiado a los pobres, al sentido de la liberación cristiana.

Una Llamada a la Comunión y la Fidelidad

Dos características impresionan en los tres Discursos y son objeto de iteradas invitaciones: el sentido de la unidad, con todas sus exigencias y la exigencia de la fidelidad. ¿Cuál el motivo de esto? Parecería extraño ya que en América Latina la comunión podría estar acaso menos amenazada que en otros lugares.

El Papa quiere robustecer, de todas maneras, estas condiciones de la eficacia pastoral. ¿No es la comunión el requisito básico de la supervivencia misma de la Iglesia? Los obispos, en efecto, son "signos y constructores de la unidad".

Advierte el Papa a los obispos en la inauguración de Puebla que esta "unidad ya existe", "esta Conferencia es por sí misma señal y fruto de esta "unidad", y que es también "anticipo y principio de una unidad que debe ser aún más estrecha y sólida" (II.1).

La unidad *entre los Obispos*, a la que urge con palabras de San Cipriano, "viene no de cálculos y de maniobras humanas, sino de lo alto: del servicio a un único Señor, de la animación de un único Espíritu, del amor a una única y misma Iglesia... resulta de la misión que Cristo nos ha confiado... Es la unidad en torno al Evangelio del Cuerpo y de la Sangre del Cordero, de Pedro vivo en sus Sucesores..." (II.1).

Por esta exigencia de unidad, apunta en el inicio de su Discurso "dejáos conducir por el Espíritu, abríos a su inspiración y a su impulso; sea El y ningún otro espíritu el que os guíe y conforte". Por ello, la Conferencia de Puebla, debía ser "un fraterno encuentro de Pastores de la Iglesia" y no un simposio de expertos, o un parlamento de políticos o un congreso de técnicos (I, introducción).

Y a decir verdad, los Obispos tomaron con toda responsabilidad esta convocación a la renovada unidad, ya de suyo evangelizadora. Comunión que abraza a los obispos en su misión de Maestros de la verdad y conductores de la grey.

Al cabo de año y medio, después de que el 23 de Marzo de 1979 había impartido su aprobación al Documento de Puebla, se vuelve a encontrar con los Pastores de A. L. en Río de Janeiro. Allí había nacido el CELAM, 25 años atrás, con ocasión del Congreso Eucarístico de Río y de la Primera Conferencia General del Episcopado de A. L.; en la Catedral reposan las cenizas del Cardenal Jaime de Barros Câmara, su primer Presidente. Era un encuentro del Papa con los obispos, convocados en Asamblea extraordinaria, de especial significación.

La Conferencia de Puebla fue un milagro de unidad en la que se integraron algunos que parecían reluctantes. Pero, como se había advertido, retornaron signos de malestar y fisuras en muy discutibles relecturas e interpretaciones de Puebla.

Juan Pablo II, tanto por la naturaleza del CELAM "servicio de la unidad", como por las grietas que pudo apreciar a lo largo de informes, especialmente en las Visitas *Ad Limina*, y por las tensiones entre pueblos y dentro de los mismos países, mueve a los obispos a redoblar sus esfuerzos para su concordia.

Ha estimulado al CELAM "organismo, el primero en su género en toda la Iglesia como expresión continental, pionero como expresión de colegialidad..." (2), teniendo "a la vista los copiosos frutos alcanzados en estos años" (5) y "su espíritu colegial, nutrido de comunión con Dios y con los miembros de la Iglesia" (13). Toma vigor su invitación a la unidad: "La Iglesia es un misterio de unidad. Es el deseo que emerge de la oración de Jesús... Por eso también S. Pablo exhortaba a "Conservar la unidad del Espíritu, por medio del vínculo de la paz..." (14).

Unidad "no como algo recibido pasiva y estáticamente, sino como algo que debemos ir construyendo dinámicamente" (15); unidad "con la Cabeza visible de la Iglesia y de los Pastores entre sí (16) y que debe llevar, como se recogerá más tarde, a la unidad de los vínculos de la fe y a la comunión con los Presbíteros religiosos y laicos (esquema común al Discurso Inaugural de Puebla y a los Obispos del Brasil).

En Fortaleza, a la Jerarquía Brasileña, haciendo una aplicación deliberada del lema de Puebla "Comunión y Participación", y en directa relación con la Conferencia Nacional de los Obispos del Brasil (CNBB), los llama a consolidar su comunión "razón de ser y finalidad de toda Conferencia Episcopal" (7). "El servicio Episcopal... exige, en el nivel más profundo que se pueda concebir, una sólida comunión entre ellos. Cimientos de esa comunión son... el único Señor que los llamó e hizo ministros suyos; la única verdad...; la única salvación en Jesucristo...; la caridad fraterna...". Los obispos están llamados a dar como primeros el testimonio vivo de la unidad (8). "De resto, no nos engañemos: el servicio más fructuoso que los obispos pueden prestar a su gente, el gesto más eficaz que pueden realizar, será ciertamente la demostración veraz y visible que puedan dar de la comunión entre sí" (8).

Esto supone diálogo auténtico, aceptación con simplicidad en lo opinable, de posiciones diversas a las propias, comprensión, respeto, franqueza, lealtad (9, 10, 11, 12) y sentido de crecimiento en la participación, en el seno de la CNBB. La insistencia del Papa no proviene de una simple recordación, desvinculada de urgencias emanadas de la realidad.

Espontáneamente vuela la imaginación hacia Europa. ¿La recomendación de la unidad, cimentada sobre sólido fundamento teológico, sería redundante en algunos de sus Episcopados?

La comunión ha de profundizarse entre distintos sectores del Pueblo de Dios.

En Puebla aboga por la "unidad con los sacerdotes, religiosos y el pueblo fiel". Con los sacerdotes no abunda en su alocución. Se limita a señalar su misión de "colaboradores inmediatos de los obispos". Se detiene más y con indicaciones graves en la unidad con los religiosos, tan importantes por su contribución histórica en A. L., y por su número. A ello alude el Santo Padre, con razón. Ya que la inmensa mayoría de los religiosos y religiosas han escrito páginas ejemplares de fidelidad. La indicación del Pontífice se orienta más a ciertos grupos y organizaciones sobre las que no le faltaba certera información. "Busquen lealmente una indisoluble unidad de miras y de acción con los obispos. A estos confió el Señor la misión de apacentar el rebaño. A ellos corresponde trazar los caminos para la evangelización. No les puede, no les debe faltar la colaboración, a la vez responsable y activa, pero también dócil y confiada de los religiosos... En esa línea graba sobre todos ellos el deber de evitar *magisterios paralelos*, eclesialmente inaceptables y pastoralmente estériles" (II. 2).

La Conferencia de Puebla entendió muy bien de qué trataba el Papa ya que coincidía con el malestar de la casi totalidad de los Episcopados. Un despropósito resultaría decir que no estaba adecuadamente informado. En tal caso la unidad es el horizonte de la fidelidad.

No se detiene a esta altura el Santo Padre en la unidad con los seglares. Invoca simplemente las conocidas motivaciones del Concilio.

En el Discurso de Río insiste en que siendo la vida consagrada "medio privilegiado de evangelización eficaz", se requiere un sentido de comunión (22). Más aún "el esfuerzo de solidaridad, de participación con el pobre, deben ser vistos en la perspectiva de una comunión plena" (21). Advertencia a toda posible desviación sectaria que condujera a hacer prevalecer unas determinadas opiniones en detrimento de una comunión no retórica, parcial, táctica, sino *plena*.

Esta comunión plena es calificada en el Discurso a la CNBB, en Fortaleza, como "la comunión más perfecta posible" (6.7). Será convocación y ayuda para que los religiosos lleguen a una "visión cada vez más viva y orgánica en la pastoral diocesana" (6.7), con la exigencia de "una clara decisión de acoger y respetar el carisma de los obispos en la Iglesia como maestros de la fe y guías espirituales "puestos por el Espíritu para regir la Iglesia de Dios" (Ib.).

Naturalmente todo esto supone una eclesiología católica. Son expresiones que suscitan malestar y reacciones en sectores que saludan el nacimiento de una Iglesia "nueva", a la que se otorga una maravillosa

creatividad y una fidelidad al Evangelio que le son negados o caricaturizados a la "vieja" Iglesia. Juan Pablo II exige —como se ha visto— el acatamiento sincero del Magisterio, fundamento de comunión y rechaza la contraposición entre una Iglesia "oficial", "institucional" y la Iglesia "Comunión" (Discurso en Río) y pone en guardia, refiriéndose a religiosos respecto de "magisterios paralelos".

Si se dudara, aún después de Puebla, de la oportunidad y vigencia de la advertencia del Papa, vendría bien meditar en un texto de un teólogo muy leído, en su más reciente obra: "Esta Iglesia nueva, como todos los movimientos de renovación, emerge en la periferia. Sólo aquí hay posibilidad de verdadera creatividad y de libertad frente al poder . . . Evidentemente la vieja Iglesia mirará con cierta desconfianza hacia la nueva Iglesia en la periferia y las nuevas libertades que se toma. Podrá ver en ella una concurrente; gritará en términos de Iglesia paralela; magisterio paralelo, falta de obediencia y lealtad para con el centro! La Iglesia nueva deberá saber usar de una inteligente estrategia y táctica: No deberá entrar en el esquema de condenaciones y sospechas como podría hacerlo el Centro. Deberá ser evangélica, comprender que la institución en cuanto poder solamente podrá usar el lenguaje que no ponga en riesgo su propio poder, que siempre temerá cualquier alejamiento del comportamiento dictado por el centro y verá eso como una deslealtad. A pesar de poder comprender eso, la Iglesia nueva deberá ser fiel a su camino; deberá ser *lealmente desobediente*. Me explico: deberá buscar una profunda lealtad para con las exigencias del Evangelio . . . en el caso de estar crítica y profundamente convencida de su camino, deberá tener el coraje de ser desobediente en el Señor y en el Evangelio a las imposiciones del Centro, sin rencor y sin amargura, pero con una profunda adhesión de ser fiel al espíritu como presumimos también en el Centro. Sálvase, por tanto, la comunión básica. Esta pureza evangélica, es provocación para el centro para que despierte al espíritu que no puede ser canalizado según los intereses humanos" (Leonardo Boff, *Igreja, Carisma e Poder, Vozes, Petrópolis*, 1981, p. 107).

El "Centro" en el texto de Boff es el Papa. Centro que es acusado, muy en la línea de H. Küng, de haber incurrido históricamente en una centralización autoritaria, en la divinización del poder, desde el cual se lesionan derechos humanos como el de abandonar el sacerdocio (cuando se le impide) o el acceso al Sacerdocio a las mujeres, o la participación del laicado en la elección de los obispos (o.c. pp. 60-66), y cuando señala en la misma ordenación sacerdotal un germen de discriminación hacia el laicado (p. 79).

Ideas todas sacadas del arsenal de H. Küng, incluída la realidad de la leal desobediencia, con la que el autor suizo, cuya enseñanza ha sido censurada como no católica, terminaba el libro *Ser Cristiano*. Era una llamada a la insurrección.

¿Qué tipo de comunión, en la Iglesia Católica, es ésta en la que el Centro se puede dejar de lado (y no en asuntos secundarios) en nombre de una fidelidad muy subjetiva al evangelio y el Espíritu? ¿Esta "comunión básica", es suficiente? ¿Es la que inspira la Conferencia de Puebla y aquella por la que el Papa aboga con acentos dramáticos?

La comunión tiene su soporte, sin duda, en una adecuada Cristología, Eclesiología y Antropología. Desde allí se desborda hacia la pastoral, de la cual también dialécticamente se alimenta. Es, pues, una comunión en la fe y en una coherente praxis eclesial.

Comunión en la Fe

Podría extrañar que el Papa subraye esta exigencia, precisamente en A.L., continente en el cual no se percibirían mayores turbulencias doctrinales. Sabe muy bien y los textos lo muestran que desafortunadamente su preocupación tiene plena vigencia. Expresamente lo anota, casi al término de su segunda visita al nuevo mundo latinoamericano.

He aquí el texto: "Sed Maestros de la Verdad, de esta Verdad que el Señor nos quiso confiar, no para esconderla o enterrarla, sino para proclamarla con humildad y coraje, para promoverla, para defenderla cuando esté amenazada... Seríamos felices todos, si errores y desvíos en estos tres campos —Cristo, la Iglesia y el hombre— fuesen algo remoto, posible, quién sabe, pero por ahora irreal. Sabéis que no es así y que por eso mismo, el crucificante pero indeclinable deber de apuntar tales errores con serenidad y firmeza y de proponer puntualmente a los fieles la verdad, es para nosotros algo próximo y más que actual. El Señor os dé carisma de discernimiento para tener siempre presentes estas verdades y libertad y seguridad para enseñarlas siempre, rebatiendo así todo cuanto a ellas se oponga" (34).

Las críticas al "centralismo" episcopal, al "autoritarismo" pueden debilitar la conciencia del deber de *Ser Maestros*. Considerada la cuestión desde el punto de vista humano de la tranquilidad que evita problemas, es mucho más cómoda la actitud permisiva. Puede dar mejor imagen... Tanto se le teme hoy a la "imagen" y la defensa de la verdad puede aportar ribetes "inquisitoriales". En cambio el silencio, una prolongada tolerancia pueden contribuir a que un obispo, un grupo de obispos, una Conferencia, tengan la grata imagen de "abierta", "dialogante", actualizada. Estamos todos francamente ante una seductora tentación que aleja del "deber crucificante". Porque crucifican los mismos teólogos a quienes eventualmente se señale un vacío, una laguna, o una formulación errónea. Crucifican sus seguidores, más belicosos que sus maestros, en la misma proporción en que son menos reflexivos. Más agradable habría sido para el Papa dejar pasar el tiempo sin permitir que se tomara medida alguna de parte de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, en relación con un caso como el de H. Küng. La Cruz, en tal situación, supone estar destinados a la crítica, a la incomprensión, a las informaciones maliciosas o recortadas, a la omnipotencia de la prensa.

¿Podrá el obispo renunciar al deber crucificante de ejercer lealmente su magisterio? En tal caso resuena con toda su fuerza la renovación de Jesús a Simón Pedro cuando le susurraba ahorrarse el dolor de la Cruz: "Aléjate, Satanás! eres motivo de escándalo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres" (Mt. 16.23). Impresiona cómo Mateo ubica este episodio inmediatamente después de la profesión de fe de Pedro y del Primado de Pedro.

La insistencia del Papa en la tarea del obispo como Maestro es una de las grandes directrices suyas.

En la Inauguración de Puebla: "y como Pastores tenéis la viva conciencia de que nuestro *deber principal* es el de ser Maestros de la verdad... Vigilar por la pureza de la doctrina... es, pues, junto con el anuncio del Evangelio, el *deber primero e insustituible* del Pastor, del Maestro de la fe... nos urge siempre la unidad en la Verdad" (I.1.). Y alude a un texto de Pablo VI: "... No se vende ni disimula jamás la Verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad y deseo de aparentar... guardemos, defendamos y comuniquemos la Verdad, sin reparar en sacrificios" (E.N. 78). De esta forma introduce el tema de la triple Verdad.

Los obispos de todas las latitudes hemos de adelantar nuestro propio examen de conciencia. ¿Dirá la historia que habríamos podido frenar a tiempo ciertos males si hubiéramos actuado con más lucidez y firmeza? ¿Y no sólo sobre personas, en diálogo sincero, para purificar en la fuente sus tesis, sino sobre modalidades estructurales de desconcierto, como son las Editoriales, situadas dentro de nuestro radio de acción, acaso propiedad de la Iglesia? ¿Nos atrevemos sólo a ejercer nuestro deber de Maestros, cuando el mal está muy avanzado y ha hecho serios estragos en el organismo eclesial?

En el Discurso al CELAM en Río, con un encendido sentido pastoral, recalca: ¿"Habrà, en la aproximación pastoral con vuestras comunidades una forma de presencia que más ame el pueblo que esta de Maestro"? ¿Podría una auténtica acción pastoral, o una genuina renovación eclesial, cimentarse sobre fundamentos diferentes a los de la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, tal como nosotros lo profesamos"? (III.2).

Sugestiva modalidad la abordada aquí: ¡Ser Maestros es una forma de aproximación pastoral! Queda atrás el descuartizamiento de la acción eclesial entre una ortodoxia y una ortopraxis, ¡como si fueran separables u opuestas! La enseñanza de la fe es una forma de praxis pastoral.

Maestros en la Verdad sobre Jesucristo

Es sabido cómo en la actualidad uno de los problemas más agudos es el de la Cristología.

Al lado de una legítima variedad teológica hay síntomas evidentes que muestran que se ha pasado la línea de lo permisible. ¡Y nada menos que en el eje y centro mismo de nuestra fe! ¡Problema europeo, no nuestro!, dirán algunos en torno de Puebla. Problema nuestro, muy nuestro y hemos de reconocerlo. Felices seríamos si no fuera así.

No ha sido prolífica la producción Cristológica entre nosotros. Sabe Dios si obedece a timidez, recato o inmovilidad de tantos que enseñan Cristología en Seminarios, Facultades teológicas y en otras instituciones. No hay un sólo libro sistemático de Cristología que yo conozca, producido en América Latina. Cuando más, y esos harto difundidos, hay artículos acumulados, recopilados, sin mayor unidad interna.

Sin embargo acusamos la influencia de ensayos provenientes de Europa, ya de traducciones, ya de obras escritas en español. También la exigua producción nuestra tiene su fuerza sugestiva, de arrastre. Hay una Cristología subyacente en plena actividad en Catequesis, en formas de evangelización no sistemáticas.

El Papa pone de presente su preocupación, del todo coincidente con la de los obispos. "De una sólida Cristología tiene que venir la luz sobre tantos temas y cuestiones doctrinales y pastorales..." (I.2).

Se despliega en el panorama latinoamericano un tipo de Cristología impulsada por liberacionistas y proclamada, no sin solemnidad, en algunos de sus congresos, llámense de Cristianos por el Socialismo, de Teólogos del Tercer Mundo o como se quiera. La inclinación peculiar es la de privilegiar el Jesús histórico y presentar la semblanza de un Cristo conflictual, ensamblado en mentes adictas a la lucha de clases tal como la recogen de los condicionamientos de Análisis Marxista.

Los reparos del Santo Padre y de Puebla no fueron acogidos propiamente con emoción por los cultores de una teología de la liberación. Habría de objetarse que se traslucía una Cristología abstracta, sin arraigo en la historia, fríamente indiferente frente al mundo ensangrentado de esta zona del Tercer Mundo.

La Cristología del Papa y de Puebla es, no obstante, concreta; arraigada en la historia, refractaria, eso sí, a atractivos ideológicos. Lo que no tienen de sensacionalista lo poseen de seriedad y coherencia doctrinal.

¿Qué dice el Papa?

"En otros casos se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la Catequesis de la Iglesia. Confundiendo el pretexto insidioso de los acusadores de Jesús con la actitud de Jesús mismo —bien diferente— se aduce como causa de su muerte el desenlace de un conflicto político y se calla la voluntad de entrega del Señor y aún la conciencia de su misión redentora. Los Evangelios muestran claramente cómo para Jesús era una tentación lo que alterara su misión de Servidor de Yahvé. No acepta la posición de quienes mezclaban las cosas de Dios con actitudes meramente políticas. Rechaza inequívocamente el recurso a la violencia. Abre su mensaje de conversión a todos, sin excluir a los mismos Publicanos. La perspectiva de su misión es mucho más profunda. Consiste en la salvación integral por un amor trasformante, pacificador, de perdón y reconciliación. No cabe duda, por otra parte, que todo esto es muy exigente para la actitud del cristiano que quiere servir de verdad a los hermanos más pequeños, a los pobres, a los necesitados, a los marginados; en una palabra, a todos los que reflejan en sus vidas el rostro doliente del Señor".

"Contra tales "relecturas" pues, y contra sus hipótesis, brillantes quizás, pero frágiles e inconsistentes, que de ellas derivan, "la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina" no puede cesar de afirmar la fe de la Iglesia: Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para

acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios" (Discurso Inaugural, 1.4 y 1.5).

A los obispos del Brasil, ante un mundo amenazado por el secularismo, recomienda "la proclamación del absoluto de Dios, del misterio de Jesucristo, de la trascendencia de la Salvación..." "...la prioritaria búsqueda del Reino de Dios y de su justicia...", haciendo que prevalezcan "las cosas concernientes a Dios", si se quiere que permanezca en toda su vitalidad la condición de pastores "Constituidos en favor de los hombres" (cf. 18,19; cf. n. 30). A ello alude también en el Discurso de Río (43).

Maestros en la Verdad sobre la Iglesia

La mayor dificultad reside en el problema eclesiológico. Después del Concilio proliferaron eclesiologías más cercanas de una visión protestante que propiamente católica.

Alguna literatura liberacionista que deja escapar el sabor de amarga crítica contra una Iglesia-poder, aliada de los poderosos, de férrea estructura jurídica, que ahoga los carismas y la eclosión de rica variedad en la Iglesia, refleja un estilo eclesiológico inconfundible. Se repasa, en tales casos, la historia de la Iglesia para proyectar aumentadas sus lacras, y hacer más estruendoso el viraje hacia una conversión estructural en la que yace desmantelado el aparato del dominio episcopal.

Tal posición se asienta sobre una idea de participación en la que se introduce una democracia que hurta al Papa y al obispo su capacidad decisoria. Las fronteras entre una Iglesia Docente y una Iglesia Discente se evaporan, con el expediente de que así lo pide el Sacerdocio común de los fieles.

Es típico este comportamiento. Se acude, como si el diagnóstico fuera completo y objetivo, a una variedad de eclesiologías, en las que los trazos caricaturescos que se adjudican a otros tornándose en sugerentes elogios para se hace en la historia de la Iglesia. Se reduce o niega la voluntad fundacional de la Iglesia. Se reduce o niega la voluntad fundacional del Señor. La Iglesia surge como una contingencia histórica, producto de una red de expectativas no cumplidas y de condiciones. Háblase del autoritarismo surgido en la época Costantiniana y que el paso de los siglos acentuaron hasta convertir el Papado en una especie de ídolo, en el que el Sucesor de Pedro, en lo que debía ser un discreto factor de mediación institucional se torna en Centro absorbente y en Vicario de Cristo, "divinizado". A esta clase de literatura nos estamos habituando.

El marco general, obviamente, la reducción de la fe explícita, mientras la fe implícita de los no-cristianos es alabada. El proceso progresivo de separación y distanciamiento entre la Iglesia y el Reino. Este es vislumbrado "proféticamente" en una actualización intramundana, en el tiempo, y aproximado o confundido con corrientes o revoluciones de naturaleza política.

Hasta aquí, poca o ninguna originalidad se percibe. Son enfoques familiares a una teología protestante, o introducidos en autores católicos

en extremo preocupados de una imagen ecuménica. Lo novedoso está en que tales planteamientos, vía H. Küng, se introduzcan entre nosotros. Y más novedoso todavía resulta que, hecha esta traslación, se intente el trasplante con una eclesiología de "Iglesia Popular", en una opción clasi-sista por los pobres en sus luchas populares, pagando el precio de reducir de hecho la universalidad de la Iglesia. Esta "Iglesia Popular" sería el alma, nuevo trasplante de plantas exóticas, de las Comunidades Eclesiales de Base.

Es todo este panorama el que tiene ante sus ojos el Papa cuando va a Puebla, presentado por las contribuciones de los mismos episcopados y reconfirmado por las visitas Ad Limina antes de su viaje al Brasil.

Es esta la enseñanza del Papa: "La Iglesia nace de la respuesta de fe que nosotros damos a Cristo. En efecto, es por la acogida sincera a la Buena Nueva, por la que nos reunimos los creyentes "en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo" (*Evangelii Nuntiandi*, n. 13). La Iglesia es "congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús el autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz" (*Lumen Gentium*, n. 9).

"En la amplia documentación, con la que habéis preparado esta Conferencia, particularmente en las aportaciones de numerosas Iglesias, se advierte a veces un cierto malestar respecto de la interpretación misma de la naturaleza y misión de la Iglesia. Se alude por ejemplo a la separación que algunos establecen entre Iglesia y Reino de Dios. Este, vaciado de su contenido total, es entendido en sentido más bien secularista: Al Reino no se llegaría por la fe y la pertenencia a la Iglesia, sino por el mero cambio estructural y el compromiso socio-político. Donde hay un cierto tipo de compromiso y de praxis por la justicia, allí estaría ya presente el Reino. Se olvida de este modo que: "la Iglesia recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino" (*Lumen Gentium*, n. 5).

"Se engendra en algunos casos una actitud de desconfianza hacia la Iglesia "institucional" u "oficial", calificada como alienante, a la que se opondría otra Iglesia popular "que nace del pueblo" y se concreta en los pobres. Estas posiciones podrían tener grados diferentes, no siempre fáciles de precisar, de conocidos condicionamientos ideológicos. El Concilio ha hecho presente cuál es la naturaleza y misión de la Iglesia. Y como se constituye a su unidad profunda y permanente construcción por parte de quienes tienen a su cargo el ministerio de la comunidad, y han de contar con la colaboración de todo el Pueblo de Dios. En efecto, "si el evangelio que proclamamos aparece desgarrado por querellas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y sobre la Iglesia e incluso a causa de sus distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas. ¿Cómo pretender que aquellos a los que se dirige nuestra predicación no se muestren perturbados, desorientados, si no escandalizados?" (*Evangelii Nuntiandi*, n. 77).

Es irremplazable ir al mismo texto del cual nos limitamos a subrayar lo más significativo.

A la CNBB formulará esta exhortación: "Sed hermanos del Sucesor de Pedro, a él unidos efectiva y afectivamente... Solo "Cum Petro et

sub Petro" (*Ad Gentes*, 38), independientemente de la persona que incidentalmente reviste la condición de Pedro, el Colegio Episcopal y cada obispo encuentran la plenitud de su misión episcopal" (46). Comunión con el Papa, lo advierte taxativamente que hace relación no sólo a cuando él se pronuncia personalmente "sino cuando habla a través de los órganos que con él colaboran en el gobierno pastoral de la Iglesia" (46).

Su Discurso en Puebla es refrendado en Río de Janeiro:

"La Iglesia es para el creyente objeto de fe y de amor. Uno de los signos del real compromiso con la Iglesia es acatar sinceramente su Magisterio, fundamento de la comunión. No es aceptable la contraposición que se hace a veces entre una Iglesia "oficial", "institucional", con la Iglesia-Comunión. No son, no pueden ser, realidades separadas. El verdadero creyente sabe que la Iglesia es pueblo de Dios en razón de la convocación en Cristo y que toda la vida de la Iglesia está determinada por la pertenencia al Señor. Es un "pueblo" elegido, escogido por Dios" (III, 4).

La verdad sobre el Hombre

Expone el Papa los rasgos claves de una antropología cristiana. Su raíz el misterio de la encarnación en virtud del cual es el hombre imagen de Dios, y cada hombre, persona "única e irrepetible". Hombre en diálogo con el absoluto a lo largo de su peregrinación histórica, cuyo misterio "sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado" (G.S. 22).

Se nos comunica una reconfortante certidumbre en el Discurso Inaugural: "La Iglesia, posee, gracias al Evangelio, la verdad sobre el hombre" (1, 9), tanto más necesaria cuanto más inadecuada es la visión que el mundo tiene del hombre y más conculcados son sus valores. Expresa un anhelo: que el cristiano no se deje encerrar por una visión del hombre estrictamente económica, biológica o síquica (punto que será acogido y ampliado en la Conferencia de Puebla) y que no se deje contaminar por otros humanismos (cf. *ib.*). Como se expresó al inicio, la luz de esta verdad viene proyectada desde su Mensaje de Navidad que el Papa recuerda en lo esencial nuevamente.

Hay, en el magisterio de Juan Pablo II, una inmensa carga de humanismo, una contagiosa simpatía por el hombre, por su dignidad. Es algo que se refleja en todas sus visitas.

La Iglesia, Tutela y Promotora de la Dignidad Humana

Como caudal impetuoso que recogen las aguas de estas tres verdades, no como algo desligado de sus bases y orígenes, sino como su inmediata consecuencia, la enseñanza pontificia mira al mundo y al hombre. Y en ella ubica a los obispos como "defensores y promotores de la dignidad" conculcada ya sea a nivel individual o social y político. Alude a la variada forma de conculcación y muestra los lazos íntimos y estrechos que vinculan la evangelización y la promoción humana.

Se propone indicar "lo específico de la presencia de la Iglesia" para "amar, defender y colaborar en la liberación del hombre" sin tener que recurrir a sistemas e ideologías (III, 2).

Por compromiso evangélico la Iglesia es defensora de los Derechos Humanos, no por oportunismo, porque sea algo que está en boga (III, 3).

Situado en la más rica tradición de la Iglesia, pasando por Santo Tomás y recalcando la vigencia de la Encíclica *Populorum Progressio*, emplea, por vez primera, la sugerente expresión, según la cual "sobre toda Propiedad Privada grava una hipoteca social" (III, 4).

En todo esto tiene el Papa una intención evangelizadora. Es el Evangelio el que vivifica al hombre: "Al hombre, a la justicia, llegaremos mediante la Evangelización" (III, 4).

Quizás lo más significativo sea su confianza y las expresas recomendaciones que hace de la *Doctrina Social* de la Iglesia. Sabe el Papa que ha pasado por unos años de eclipse, de desafección y urge para un lúcido retorno a su estudio. Un liberacionismo desorientado pretendió sustituirse a la Enseñanza Social de la Iglesia en la que denunciaba rasgos de "ideologización", de defensa del Capitalismo. Poco importaba ponderar el sentido que las Encíclicas Pontificias atribuían a la defensa de la Propiedad Privada, concebida de manera muy diferente al liberalismo Manchesteriano. Engolosinados con una acrítica apertura al Socialismo, del cual sólo se exaltaban sus valores, pero se hurtaba la mirada a la realidad, decían los liberacionistas que había sonado la hora de dar sepultura a una Doctrina Social que, lejos de llevar a algo concreto había debilitado las fuerzas revolucionarias escondidas en grupos cristianos.

El Papa es categórico, como lo será la Conferencia de Puebla: "La Iglesia quiere mantenerse libre frente a los opuestos sistemas, para optar sólo por el hombre..." (Disc. Inaug. III, 3). La Doctrina Social permite encauzar las energías que provienen de este rico y complejo patrimonio. Por ende: "Confiar responsablemente en esta Doctrina Social, aunque algunos traten de sembrar dudas y desconfianzas sobre ella, estudiarla con seriedad, procurar aplicarla, enseñarla, ser fiel a ella es, en un hijo de la Iglesia, garantía de la autenticidad de su compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales, y de sus esfuerzos en favor de la liberación o de la promoción social de sus hermanos" (Disc. Inaug. III, 7). Empuja el Papa para un tratamiento creativo y abierto de la Enseñanza Social, como instrumento de formación (ib).

La fidelidad a la Doctrina Social aportará el equilibrio evangélico para una presencia pastoral de la Iglesia y asegurará que el laicado no sea sustituido por formas larvadas de clericalismo. Uno de estos riesgos es el de una politización de la Jerarquía bajo la forma de "partidismo". Así se expresa a los Obispos del Brasil: "Vuestra vocación de Obispos os prohíbe, con claridad total y sin medias tintas, todo lo que se parezca a partidismos políticos, sujetos a tal o cual ideología o sistema. Pero no os prohíbe, sino que os convida a estar próximos al servicio de todos los hombres, especialmente de los más desvalidos y necesitados (n. 39). "(La Iglesia) no tiene pretensión de sumir como función propia las actividades políticas" (40). Anima un programa social, "que tenga *autenticidad*, es decir, que esté en coherencia con la naturaleza e identidad de la Iglesia: que corresponda a sus principios (que son los del Evangelio) y se inspire en su Magisterio, especialmente en su Magisterio Social... no puede basarse en premisas que... son contrarias a la verdad católica"

(42). Es sintomática la insistencia de Juan Pablo II en esta preocupación: "Los ministros de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes tendrán conciencia de que su participación mejor y más eficaz en esta pastoral social no es la que consistiría en empeñarse en luchas partidarias o en opciones de grupos o sistemas... (45).

En su visita al Brasil abundan las observaciones del Santo Padre sobre el particular.

Doctrina Social y Amor Preferencial por los Pobres

En el Discurso Inaugural de Puebla, el Sucesor de Pedro había invitado a "optar sólo por el hombre", (III, 3), no por las ideologías o sistemas. Opción evangelizadora, no política: "al hombre, a la justicia, llegaremos mediante la evangealización" (III, 4). Opción de defensa de la dignidad humana, "valor evangélico que no puede ser despreciado sin grande ofensa al Creador" (III, 1); todo en la línea de su misión (III, 2). La Iglesia "no necesita recurrir a sistemas o ideologías para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre..." (III, 2).

En estos principios está la raíz y el sentido de la opción por los pobres que Puebla asume y que el Papa, al cabo de año y medio, por confusiones habidas en el camino, desea clarificar. ¿Cuáles son esas confusiones? Básicamente las mismas que sobre la opción por los pobres habían precedido a la Conferencia de Puebla, a saber: la reducción de los pobres a un nivel sociológico-político exclusivo y excluyente, al confundirlo con una *clase social o política*, con "el proletariado". Puebla hizo todo lo posible por evitar semejante ambigüedad. Se apreciaba como un gravísimo riesgo contra el cual estaba en guardia el episcopado. Desafortunadamente ciertas interpretaciones, deliberadamente parciales, a pesar del contexto general y de afirmaciones taxativas, pretendieron alimentar, en nombre de Puebla lo que había rechazado.

El Magisterio del Papa retorna con una definida voluntad de clarificación. Expresa al Episcopado del Brasil: "Sabéis que la opción preferencial por los pobres, vivamente proclamada por Puebla, no es un convite a exclusivismos, ni justificaría que un obispo se omitiese a anunciar la palabra de conversión y salvación a tal o cual grupo de personas bajo el pretexto de que no son pobres —de resto, ¿cuál es el contenido que se da a este término?— pues se debe proclamar *todo* el evangelio a *todos* los hombres y que todos sean pobres en espíritu..." (39). Es una advertencia similar a la del Documento de Puebla (1145, 1165).

De manera más sistemática aborda la opción por los pobres en el Discurso al CELAM en Río. Es algo de suma trascendencia porque es, sin duda, la más autorizada y actualizada interpretación. Mientras a los Obispos del Brasil, la opción por los pobres les es presentada en el marco de una *pastoral social* integral, lo cual es ya una exégesis sugerente, a los Obispos de A.L., dicha opción queda encuadrada en una pastoral más amplia, orgánica. Es cuestión de matices: Es una pastoral social "no en una línea de proyecto puramente temporal, más como formación y orientación de conciencias, por sus propios medios específicos" (40), auténtica, coherente —como se indicó— con la identidad de la Iglesia. Y es pastoral

social orgánica, como "ligazón entre diferentes factores económicos y técnicos de una parte, y de otra, con exigencias culturales..." (44). Lo orgánico a esta altura es lo orgánico-social. En el Discurso de Río lo orgánico tiene una amplitud mayor: Es lo orgánico en la amplia gama evangelizadora de la Iglesia, uno de cuyos aspectos, de enorme urgencia e importancia, es la auténtica promoción humana y la lucha por la justicia. Son, de todos modos, aspectos complementarios. Lo orgánico en el Discurso a la CNBB, en el nivel social, mira la articulación realista de factores, las reformas audaces y necesarias, con miras "al acceso de todos a la propiedad" (44). En Río el horizonte es el de la variada gama de la presencia pastoral, con cuya convergencia se sirve a los pobres.

Observación de interés porque se podría imaginar que el servicio a los pobres es sólo en el nivel de "lo social", de lo político, mientras que Puebla y el Papa lo ubicaron en un contexto más amplio. Recoge el principio de Puebla: "En el rostro de los pobres se refleja Cristo, Servidor de Yavé. La evangelización es por excelencia señal y prueba de su misión... el mejor servicio al hermano es la evangelización, que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (Puebla, 1145); Disc. CELAM: III,6). Y anota: "Es, pues, una opción que expresa el amor de predilección de la Iglesia, dentro de su universal misión evangelizadora" (*ib.*). Y pasa a recordar algunos elementos de esta pastoral en lo profético (predicación y catequesis) lo litúrgico, la pastoral familiar, la educación, la religiosidad popular. Es un plan integral de opción-servicio a los pobres por lo cual conviene reproducir el texto: "... el interés por una predicación sólida y accesible; por una catequesis que abrace todo el mensaje cristiano; por una liturgia que respete el sentido de lo sagrado y evite riesgos de instrumentalización política; por una pastoral familiar que defienda al pobre ante campañas injustas que ofenden su dignidad; por la educación, haciendo que llegue a los sectores menos favorecidos; por la religiosidad popular, en la que se expresa el alma misma de los pueblos" (n. 7).

El Papa en su Magisterio de Brasil, da un lugar especial, alrededor del amor de predilección por los pobres, a su alocución en la Favela de Vidigal. Se refiere a ella en el Discurso a la CNBB (40). Su lectura es utilísima porque es como un comentario a las Bienaventuranzas.

Comenta el Papa el "Bienaventurados los pobres de espíritu" (Mt 5,3) y señala que estos pobres son abiertos a Dios (4,2) misericordiosos (6), generosos (7), conservan su dignidad humana (13). Acogiendo la expresión "Iglesia de los pobres", —como quiere ser la Iglesia de Brasil y toda la Iglesia—, advierte: "... La Iglesia de los pobres habla primero y por encima de todo al hombre... no es Iglesia de una clase o de una sola casta. ...no quiere servir aquello que causa las tensiones y hace explotar la lucha entre los hombres... no quiere servir a fines inmediatos políticos, a las luchas por el poder y, al mismo tiempo, procura con grande diligencia que sus palabras y acciones no sean usadas para tal fin, que sean instrumentalizadas" (19.5). Insta a que "de modo justo y pacífico" (26) se haga todo lo posible para construir una ciudad de hermanos. Es una opción que no apela ni al Análisis Marxista, ni a la lucha de clases, como lo recordará el CELAM en Río.

Evócase con naturalidad el Discurso de Juan Pablo II a los campesinos e indígenas de Culiapán (México, 29 de Enero), en el cual concatena sus palabras con las de Pablo VI en el Discurso a los Campesinos, durante el Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá, 23 Ag. 1968: quiere la Iglesia "ser solidaria con vuestra causa, que es la causa del pueblo humilde, la de la gente pobre". Alude a "los sufrimientos prolongados y esperanzas no satisfechas", a maniobras de que son víctimas, verdaderos despojos, al derecho que tienen, que no es limosna ni migajas de justicia. Y recuerda "la hipoteca social" que grava la propiedad privada. Se levanta su clamor: "No es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas". Aboga para que se trabaje por su elevación humana, pero en tonalidad cristiana: "Haceos más dignos en lo moral y religioso. No abriguéis sentimientos de odio o de violencia.

Magisterio sobre la Liberación

Es un tema alrededor del cual se agolpan muchas cuestiones. Fue objeto de consideración en la preparación de Puebla y de preocupaciones, por conocidas desviaciones, de parte de los Episcopados. Pablo VI abocó la cuestión plenamente en la *Evangelii Nuntiandi*, Juan Pablo II da clarísimas directivas en las que recoge el magisterio de su predecesor y lo enriquece.

Una advertencia: resulta de todo claro que a una de las corrientes de la Teología de la Liberación, confrontada con los criterios ciertos del Magisterio Pontificio y Episcopal, no sólo no se le da apoyo sino que es evidente su rechazo. Hay que tener muy presente que, en la variedad de Teologías de la Liberación, aquella línea que asume el Análisis Marxista y que aboga por la lucha de clases, (que es donde está el meollo de la discusión), es descalificada claramente por el Magisterio, no es, pues, una cuestión o dudosa o abierta. Y el hecho de que "ipsis verbis", no se hable de "teología" de la liberación, no significa que Puebla no haya tomado con la mayor nitidez posición sobre la cuestión.

Juan Pablo II, en el Discurso Inaugural de Puebla, concedió amplio espacio a la puntualización de "*una recta concepción cristiana de la liberación*". Insiste en la necesidad de proclamar la liberación "*en su sentido integral, profundo, como la anunció Jesús*" (III.6). Y se sitúa, desde el comienzo en lo nuclear, integrando sistemáticamente la enseñanza de Pablo VI: Hay que salvaguardar "*la originalidad de la liberación cristiana*". Hay que evitar "*reduccionismos y ambigüedades*".

¿Qué hay de por medio en todo esto? Alguien podrá poner en tela de juicio que lo que aquí y en otras partes es un liberacionismo, muy difundido, de inspiración marxista y que la insistencia es especificar que hay una liberación "recta", "cristiana", "integral", "genuina", tiende a iluminar tanta confusión?

En las varias concepciones y tratamientos sobre la liberación, hay una corriente que exalta la conflictualidad, en el sentido marxista. El Papa toma otro camino: Es una "liberación hecha de reconciliación y de perdón... arranca de la realidad de ser hijos de Dios... reconocemos en todo hombre a nuestro hermano, capaz de ser transfigurado en su

corazón la misericordia de Dios..." (III,6). Está en las antípodas de la "praxis" (de inspiración ideológico-marxista, habitual en varios autores).

Para distinguir entre una liberación cristiana y la que "se nutre de ideologías", aporta signos. En cuanto a contenidos, son signos: "la fidelidad a la Palabra de Dios, a la Tradición viva de la Iglesia, a su Magisterio. En cuanto a las actitudes, hay que ponderar cuál es su sentido de comunión con los obispos... cuál es el aporte que se da a la construcción efectiva de la comunidad y *cuál la forma* de volcar su amor y solicitud hacia los pobres..." (III, 6). Tema ya recordado.

Puebla asume esta orientación del Papa. Rechaza la utilización del Análisis Marxista:

"El motor de su dialéctica es la lucha de clases. Su objetivo, la sociedad sin clases, lograda a través de una dictadura proletaria que, en fin de cuentas, establece la dictadura del partido. Todas sus experiencias históricas concretas como sistema de gobierno, se han realizado dentro del marco de regímenes totalitarios cerrados a toda posibilidad de crítica y rectificación. Algunos creen posible separar diversos aspectos del marxismo, en particular su doctrina y su análisis. Recordamos con el Magisterio Pontificio que "sería ilusorio y peligroso llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente; el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso" (OA 34) n. 544.

"Se debe hacer notar aquí el riesgo de ideologización a que se expone la reflexión teológica, cuando se realiza partiendo de una praxis que recurre al análisis marxista. Sus consecuencias son la total politización de la existencia cristiana, la disolución del lenguaje de la fe en el de las ciencias sociales y el vaciamiento de la dimensión trascendental de la salvación cristiana" n. 545.

"Es una liberación que sabe utilizar medios evangélicos, con su peculiar eficacia y que no acude a ninguna clase de violencia ni a la dialéctica de la lucha de clases sino a la vigorosa energía y acción de los cristianos, que movidos por el Espíritu, acuden a responder al clamor de millones de hermanos" n. 486.

En la Catedral de Río, repleta de sacerdotes y religiosos y con cerca de 200 obispos provenientes de todos los países de A. L., en su célebre Discurso, fue Juan Pablo II interrumpido por entusiasmados aplausos. Más cálida acogida no podía encontrar en su auditorio. No podía faltar el tema de la liberación. Reafirma lo dicho por él en Puebla, en los puntos de más relieve. Ratifica textualmente los números 486 y 545 de Puebla, antes transcritos, referido al rechazo a la "didáctica de la lucha de clases" y "a la praxis que recurre al Análisis Marxista". Que se sepa, es la primera vez que emplea directamente la expresión que sólo indirectamente había insinuado.

Téngase muy presente que la convergencia de criterios para rechazar una liberación ideológica, política, no se confina a unos párrafos. Son muchísimas las observaciones en los capítulos y apartes en los que una

literatura liberacionista había incursionado. Es el caso de la Cristología, la Eclesiología, la verdad sobre el hombre. También en relación con cuestiones más de índole pastoral. Como respecto de las Comunidades Eclesiales de Base.

Surgidas de la misma pluma, el Papa pone en guardia contra las desviaciones liberacionistas de las CEBs, repasando observaciones del Documento de Puebla, "Es lamentable que en algunos lugares intereses claramente políticos pretendan manipularles y apartarles de la auténtica comunión con los obispos" (98). Anota el Papa: "Ante el hecho de la radicalización ideológica, que en algunos casos se registra (cf. Pb. 630) y, por el armonioso desarrollo de estas comunidades, os invito a asumir el compromiso suscrito..." (9).

A los líderes de las CEBs dejó, en manos de los Obispos, un texto muy oportuno. Teniendo como transfondo una interpretación liberacionista de las CEBs muy al estilo no de la Iglesia de los pobres sino de la Iglesia Popular, advierte del escollo de "una contaminación ideológica", y de la pérdida de las huellas de "una verdadera eclesialidad".

He aquí los rasgos y advertencias sobre esa eclesialidad: La vinculación a los pastores de la Iglesia, la acogida de la Palabra de Dios. "La Iglesia es su marca original... La *base* es lo que se refiere a su carácter nítidamente eclesial y no meramente sociológico o de otro estilo. Subrayo esta eclesialidad porque el peligro de atenuar esta dimensión, si no de dejarla desaparecer en beneficio de otras, no es meramente irreal o remoto, sino siempre actual. Es particularmente insistente el riesgo de intromisión en lo político. Esa intromisión puede darse en el propio origen y formación de las Comunidades, que se congregan no a partir de una visión de Iglesia, sino con criterios y objetivos de ideología política. "Tal intromisión, además, puede darse también bajo la forma de instrumentalización política de comunidades que habían nacido en perspectiva eclesial" (3.3).

Opciones y Prioridades Pastorales

Quiso el Papa ser muy concreto en la inauguración de Puebla. Para ello recomendó una atención pastoral especial a la familia, a las vocaciones y a la juventud. Son apelos que repetía en otras ocasiones, tanto en México como en Brasil. Sobre las vocaciones, por ejemplo, insiste en el Discurso a los seminaristas en Guadalajara y en el encuentro con los "vocacionados" y sus formadores, en Porto Alegre. En la distribución previa que hace de sus temas, en México, tratar sobre la familia, correspondió a su Homilía en Puebla, y en Brasil, a la Homilía, en Río, del 10. de Julio.

Hemos dado una ojeada al rico Magisterio del Papa en A. L. Nos hemos detenido en sus grandes fundamentos. Son estos los que soportan el conjunto y permiten una lectura más objetiva y ordenada de tantas y tan ricas intervenciones, tan compactas y armónicas que pueden parecer incluso repetitivas. Es apenas normal y no sólo en relación con A. L. sino con otras de sus visitas. No es demasiado lo original

y diferente que ha de expresar a sacerdotes de Irlanda, Estados Unidos, Africa, Brasil y México. Debe referirse a lo esencial y esto es común.

Lo que hace falta es poner en práctica con leal sentido de eclesialidad su carga de renovación evangélica.